

1815

(Historia del sitio de Cartagena)

TRABAJO ARREGLADO POR EL

DR. ARCOS

(DR. CAMILO S. DELGADO)



CARTAGENA

REPUBLICA DE COLOMBIA

1916

SITIOS de CARTAGENA



OFRENDA A CARTAGENA,

EN EL PRIMER CENTENARIO

DEL MEMORABLE SITIO DE 1815

AL DOCTOR CAMILO S. DELGADO

EL AUTOR.



Nombrado don Pedro de Heredia, natural de Madrid y sucesor de Alonso de Ojeda en la conquista de Nueva Andalucía, por el rey Carlos I de España y V de Austria, llegó a la isla de *Codego* o Tierrabomba, el 15 de enero de 1533, y después de someter a los indios de Canapote, Tesca y Turbaco, fundó, bajo el patrocinio de San Sebastián, a Cartagena de Indias, antiguo Calamari, el 20 de enero de 1533.

Fue esta ciudad, después de Belén y San Sebastián de Urabá, la tercera erigida por los peninsulares en el suelo americano; y Heredia le dio ese nombre por la semejanza de su hermosa bahía con la de *Carthago-Nova* o Cartagena de España, la plaza más importante de los cartagineses, fundada por Asdrúbal sobre el Mediterráneo.

Con motivo de la referida fundación, se verificó el ataque del cacique Carex, que gobernaba la isla de Codego, y al cual ataque siguió el sometimiento de las tribus de Bohaire, Cocón, Cospique, Maparapa, Mazaguapo, Tocana y Turipana. Fue entonces cuando una mujer de 18 años de edad, se defendió sola contra los compañeros de Heredia, y antes de rendirse, mató ocho españoles a flechazos.

Aún no se había fortificado la ciudad, que se hallaba gobernada civilmente por Pedro de Heredia, y eclesiásticamente por Fray Francisco de Santamaría y Benavides, de la Orden de San Jerónimo, cuando se sostuvo vigorosamente (1544) contra la flota

francesa comandada por el pirata Roberto de Baal, quien la saqueó, sin excluir las iglesias. Esta primera invasión fue ocasionada por el Teniente Gobernador Alonso Vegines, quien había hecho dar doscientos azotes a un piloto, el que, agraviado, se alió al pirata y dio muerte a Vegines. Baal no incendió la ciudad, por haber recibido, en cambio, la suma de 42.000 pesos.

Gobernada la Nueva Andalucía por el Obispo Fray Juan de Montalvo, de la Orden de predicadores, el Gobernador don Pedro de Acuña, defendió la plaza, en 1586, contra el corsario inglés, Francisco Drake, súbdito de la reina Isabel, hija de Enrique VIII.

Desde el año retropróximo (1585), el Gobernador de Acuña comenzó a construir las murallas de Cartagena, en cumplimiento del mandato de Felipe II, en 1574, quien le dio el título de ciudad. Sin embargo, a raíz de 1538, ya se había ordenado levantar dichas murallas.

El asalto de Drake, quien hizo el segundo viaje alrededor del mundo para cumplir la voluntad de la reina Isabel, se verificó el 9 de febrero de 1586.

Los moradores rechazaron con denuedo el bombardeo de 19 buques que se presentaron a la bahía, y dejaron flamear banderas y gallardetes negros; pero al fin tuvieron que ceder aquellos, gracias a la cobardía de los indios que abandonaron su puesto en los manglares. Aquel horrendo saqueo duró cuarenta y ocho horas, y los piratas se llevaron 113.000 pesos, distribuidos así: 107.000 pesos, en cambio de retirarse, inclusive ingentes cantidades de oro, plata, joyas y perlas; 80 piezas de artillería y todas las campanas; 5.000 pesos que en garantía de los e-

dificios del Matadero, entregó don Alonso Hidalgo; 1.000 pesos que dieron los frailes para salvar el convento de San Francisco, que ya no existe y que fue fundado en 1575.

Construida parte de los baluartes de Cartagena, una escuadrilla de piratas ingleses y franceses, comandada por Ricardo Hawkins, atacó a la ciudad, y fueron batidos gloriosamente por el bizarro Gobernador García Jirón de Loaiza, quien asumía el mando civil, en tanto que la Sede Episcopal era regentada por Fray Diego de Torres Altamiranda, franciscano. Gran número de buques piratas, de carga y 40 cañones, quedaron en poder de los valientes hijos de Cartagena.

Aunque consta en la obra «Efemérides y Anales del Estado de Bolívar», por el ilustre doctor Manuel Ezequiel Corrales, que en 1695 hubo un saqueo realizado por una escuadra francesa al mando de Mr. Ducasse, ignoramos gran número de pormenores.

Corría el año 1697; y siendo Gobernador don Diego de los Ríos, al par que Obispo (aunque ausente entonces) el doctor Miguel Antonio de Benavides y Piédrola, la escuadra francesa, en número de 22 buques, y dirigida por el Barón de Pointis, el General Ducasse, Gobernador de Pitti Goave, y el célebre Enrique Morgan, filibustero inglés que había asolado a Cuba, Panamá, Maracaibo y Puerto Cabello, se presentó frente a Cartagena y atacó con 8 cañones de grueso calibre.

El defensor de Bocachica, don Sancho Jimeno, con el reducido número de 68 hombres reclutas, que formaban la guarnición, a causa de la culpable negligencia del Gobernador, resistió heroicamente contra 10.000 aventureros. Intimidado Jimeno para que

se rindiera, éste contestó a Pointis: «*que estaba resuelto a defenderse hasta la muerte*»; y como las trincheras y bastiones fueran completamente destruidos y sus subalternos pidieran cuartel a los corsarios, Jimeno les gritó: ¡COBARDES! SACRIFICAIS EL HONOR A LA CONSERVACION DE LA VIDA». Pero su homérico acento fue desoído, y el castillo entregado. Admirado Pointis con el distinguido valor de Jimeno, ofrecióle su espada y al reconvenirle por su audacia rayana en temeridad, éste contestó, con altivez neoespartana: «*El que cumple con su deber, no atiende al número de sus enemigos*».

A continuación de Bocachica, la ciudad de Cartagena capituló; y sus habitantes, con 2.000 soldados más la evacuaron, para evitar las funestas consecuencias que presentian.

La ocupación de la ciudad fue motivada por la deserción de don Pedro Cañarete en la calle de San Roque; a la felonía de don Francisco Santarén, en la Medialuna; a la del capitán Aguilar, en el baluarte de San José; a la de don Juan de Berrió, en la fortaleza de San Lázaro.

Ocho mil hombres desembarcaron: 7,000 al mando de Pointis y 1.000 filibusteros al mando de Ducasse. Seguidamente se dirigieron a la Catedral, que fue despojada, previo un *Tedéum* que se cantó. Al despojo de todas las alhajas, se añaden los de otros templos, y entre las prendas figuran un riquísimo sepulcro de plata que pesaba 8.000 onzas, en el convento de San Agustín; el cual sepulcro fue devuelto por Luis XIV, y sirvió para acuñar monedas en el sitio memorable de 1815.

Pero ese sacrilego despojo que montó a siete millones de pesos, fue subseguido por otro, en el cual, enfiladas las mujeres dentro de la Catedral y

regados varios montones de pólvoro entre ellas, un filibustero agitaba un botafuego encendido, hasta hacerles descubrir los caudales.

Con motivo de la llegada de la flota a Cartahena, el capitán don Toribio de la Torre y Casso que gobernaba en la entonces villa de Mompós, hizo publicar, el 21 de abril del mismo año, un bando por el cual llamaba a las armas a todos los vecinos e intimaba a los oficiales y encomenderos para que reunieran gente y siguieran al auxilio de Cartagena (pues aunque las murallas de esta última ciudad no se concluyeron hasta el año de 1717, bajo el gobierno de don Carlos de Sucre, ya era plaza fuerte).

En número de casi 400 hombres de guerra, partió la expedición momposina, el 23 de abril de 1697, según consta de un viejo documento autorizado por el escribano público Julián Jiménez de Alarcón. Don Francisco Velasco y Ceballos era el capitán de los españoles; don Lorenzo Santiago Mañara mandaba una compañía de mestizos; Bernabé de Ahumada mandaba otra de mulatos; el cacique Diego Alonso era el jefe de los indígenas de Mompós; y el cacique Lázaro Menchiquejo era el de los del pueblo de Menchiquejo.

Luégo que llegaron a Rebolledo, supieron los expedicionarios momposinos que los franceses se habían apoderado de Bocachica y de Jetsemani. Por tal motivo, el Jefe de Cartagena les envió contraorden a los antedichos expedicionarios de Mompós, para situarse en Arroyohondo y procurar allí todos los víveres posibles para la plaza.

Con motivo de la paz de Ryswyk, los franceses se retiraron y don Toribio de la Torre y sus compañeros volvieron a Mompós, en junio del citado año de 1697.

Según el ilustre general Medardo Rivas, el origen de la invasión de Pointis fue motivada por venganza del Conde de Montbars, vecino antiguo de la isla de Tortuga, contra el Oidor Pedro de Sandoval, quien le había hecho azotar cruelmente en el patio de su casa, para vengar también una injuria inferida por Montbars contra la esposa de aquél, doña Natividad de Sandoval.

Otro asedio que sufrió Cartagena fue el del Almirante Eduardo Vernon, quien había arribado a Portobelo el 13 de marzo de 1740, y el general Wentworth.

Ocurrió dicho asedio en 1740 y 1741, siendo Gobernador de la plaza, don Melchor de Navarrete, Virrey, don Sebastián de Eslava; Comandante de los galeones, don Blas de Lesso, y Obispo. Fr. Diego Martínez (de la Orden de Santiago).

Con pocos buques verificó Vernon el primer ataque, en 1740, disparando 300 bombas contra la plaza y retirándose a Jamaica, de donde regresó con una armada de 121 buques que condujeron 15.000 marinos, 9.000 soldados, 2.000 negros macheteros y un regimiento americano.

La ciudad se hallaba defendida apenas por 6 navios de guerra, 1600 hombres y 600 labriegos. Duró dos meses dicha defensa, desde el 20 de marzo de 1741, en que comenzó el segundo ataque, hasta el 28 del mismo mes, en que siguieron las naves piratas rumbo a Jamaica, después de una vergonzosa derrota.

Además de estos sitios, Cartagena sostuvo el de 1815, que le valió el título de Ciudad Heroica, contra las huestes de Morillo, y comenzó el 17 de agosto hasta concluir el 5 de diciembre del año en referencia. Hallábase al frente de la defensa de la pla-

za, el notable ciudadano Juan de Dios Amador y el general Manuel del Castillo. En defecto del señor Amador, se encargó el doctor Elías López, el 22 de noviembre del mismo año.

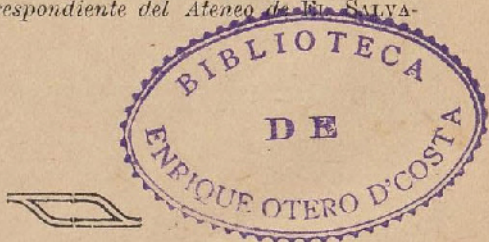
El sitio de Montilla, que duró 14 meses, desde el 1º de julio de 1821 hasta el 17 de septiembre, concluyó con honrosa capitulación para el Brigadier Gabriel de Torres, que se hallaba a la defensa de la *Redentora*. Comenzó la entrega el 1º de Octubre y quedó evacuada el 10 del mismo mes y año.

Los otros sitios posteriores, que pertenecen a la era de las guerras civiles, fueron los de 1831, 1841 y 1885, de los cuales hablaríamos extensamente, si no fuera inoportuno.

Mompós, enero de 1915.

MANUEL A. PRADOS.

(Miembro de la Academia de Historia Internacional y de la Academia Latina de Ciencias, Artes y Bellas Letras DE PARIS; Miembro del Gremio Literario de Bahía (REPUBLICA DEL BRASIL), y Socio correspondiente del Ateneo de EL SALVADOR.)



EL AÑO TRAGICO



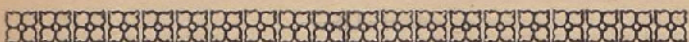
CAPITULO INEDITO TOMADO DE LA OBRA

"HISTORIA DE MOMPÓS"

POR

MANUEL A. PRADOS.

(PUBLICADO CON AUTORIZACION DEL AUTOR)



Imposibilitada Cartagena para auxiliar a Mompos, había que mantener en esta ciudad una fuerza respetable, para hacer frente a los repetidos ataques de la banda oriental del Magdalena.

Perdido completamente en Venezuela el ejército republicano, Bolívar se volvió a Nueva Granada por Cartagena, se detuvo poco en aquella ciudad y emprendió viaje por el Magdalena hasta Ocaña y de allí siguió a Pamplona, para ir a dar cuenta al Congreso del resultado de su misión.

Habiendo dado Bolívar disposiciones para la organización del ejército y para mantener la tranquilidad de Santafé, se dirigió a Tunja, con el fin de acordar con el Gobierno general el plan de campaña que se juzgase conveniente para la defensa de la república.

Bolívar se decidió por la toma de Santa Marta con el propósito de marchar después contra Riohacha y Maracaibo. Para llevar a cabo esta empresa, el gobierno de Cartagena se obligaría a contribuir con una parte de los muchos elementos de guerra que existían en aquella plaza.

Este plan se apoyaba en razones muy poderosas, y fue adoptado por el Gobierno general. En consecuencia, se dictaron las órdenes convenientes para reunir en Santafé un cuerpo respetable de

tropas que quedaría al mando de Bolívar, destinadas a rendir la ciudad de Santamarta.

Tan pronto como se supo en Cartagena que Bolívar mandaría como general en jefe las tropas de la Unión y las que allí existían, comenzaron varios particulares y corporaciones a dirigir peticiones al Gobierno, en las que exigían que fuese Castillo quien continuara en el mando de las armas y dirigiera la expedición contra Santamarta.

Entre aquellas representaciones la más notable, dice Restrepo, fue la de Echagaray, Presidente de la Legislatura, dirigida al Gobierno general, en la que se pedía que se revocara el nombramiento del general Bolívar, que volviese el coronel Carabaño, y se confiara la empresa de libertar a Santamarta al general Castillo. Repetía las acusaciones que éste había publicado en un manifiesto contra el Libertador.

Fundábase principalmente en que éste era adicto a la facción de los Piñeres y por ese medio esperaba ser restablecido a su antiguo poder, con lo cual se comprometía la tranquilidad de la provincia, aún mal asegurada. Añadía la singular declaración de que por estos motivos, la Legislatura había dirigido un mensaje al Gobernador, pidiéndole que mandara suspender la entrada de Bolívar en el territorio de Cartagena, que saliera de él, en caso que ya lo hubiese pisado.

En efecto, el Gobernador Amador dictó, y Castillo hizo circular varias órdenes a todos los Comandantes del río Magdalena, en las que se les decía que no obedecieran ninguna orden del general Bolívar, y que en cualquier punto adonde llegara no le dejaran pasar adelante y lo hicieran retroceder a Mompós, para que de allí aguardase las órdenes y

el permiso del gobierno de Cartagena. Además, Castillo, por sí propio y en su calidad de general, envió a los ayuntamientos de la Provincia una circular incendiaria contra el Libertador y ordenó explícitamente al Comandante del Magdalena que usara de la fuerza contra las fuerzas de la Unión que pusieran los pies en territorio momposino.

Cómo el Gobierno de la Unión supiese los pasos que se habían dado en Cartagena contra Bolívar, comprendió que indefectiblemente iba a empeñarse la guerra civil, y con el fin de precaver los males funestos que debieran seguirse a la independencia y libertad, resolvió que bajase lo más pronto posible un comisionado, que fue el doctor Marimón, canónigo de la catedral de Cartagena.

Marimón se puso en camino a tiempo que el Libertador había reunido en Mompós las tropas de que disponía.

En esta ciudad mandaba, en lo político, el doctor Celedonio Piñeres, con título de Corregidor; y en lo militar, el Coronel Pantaleón Ribón. Ambos eran del partido de los que habían sido expulsados de Cartagena y desde las conmociones de esta plaza, en poco o nada obedecían al gobierno de la provincia. Bolívar halló la más activa cooperación en las autoridades de Mompós, que le admiraban como a su Libertador y dieron a las tropas cuantos auxilios estuvieron a su alcance.

El gobierno de la Unión había autorizado a Bolívar para que pidiera al de Cartagena fusiles, artillería, municiones, vituallas, bagajes y transportes. En consecuencia, luego que llegó a Mompós, dirigió un oficio a Castillo, que era el jefe de las armas, para que oportunamente dictara las órdenes conducentes para ayudar a la reconquista de Santamarta.

Pidió también que le remitieran al bajo Magdalena un millón de cartuchos y 2.000 fusiles a Barranca, destinados a armar igual número de reclutas, pues en el tránsito se había aumentado su ejército; en fin, 2.000 vestidos que ofrecía satisfacer de su caja militar. Pero un gobierno que había negado la entrada en su territorio a las tropas de la Unión, menos podía conceder los auxilios que se le pedían.

El Gobernador Amador contestó de una manera ambigua al General Bolívar, diciéndole que había enviado ya al Secretario de Gobierno, Manuel García de Sena, para que le informara acerca de sus disposiciones sobre auxilios, porque se hallaba obligado a seguir un número de conducta que necesitaba explicaciones. Al mismo tiempo, el Gobernador y Comandante de armas, dictaron medidas hostiles contra Bolívar y las tropas de la Unión.

García de Sena no llegó a Mompós, sino mucho después de quince días, y resultó que iba en comisión cerca del gobierno general y que ningunas facultades tenía respecto a Bolívar.

Los pasos que daba el gobierno de Cartagena manifestaban, a las claras, que se disponía la guerra civil. Desguarneció toda la línea del bajo Magdalena, desde Barranca hasta Sabanilla; abandonó a merced de los españoles la más bella parte de la Provincia, con un crecido tren de artillería; y en fin, dejó sin las tripulaciones correspondientes a treinta y tres buques menores armados en guerra que componían la escuadrilla absolutamente necesaria para dominar y defender el río Magdalena.

La pólvora, las municiones, alguna artillería y la mayor parte de los fusiles fueron embarcados en la goleta momposina para conducirlos a la plaza y que no sirvieran a Bolívar. La goleta dio en el

bajo de Galerazamba y todo lo que llevaba se abismó en las ondas.

Esos fueron los primeros frutos de las miserables pasiones que dominaron el gobierno de Cartagena, a Castillo y otros jefe de aquella plaza (Restrepo).

Bolívar, que buscaba sinceramente un advenimiento para conseguir armas y municiones con que atacar a los enemigos de Santamarta, envió a Cartagena, a su Secretario, Rafael Revenga, pero éste nada pudo conseguir en su comisión. Bajo el pretexto de que no había las municiones suficientes, lo único que prometió Castillo a Revenga fue franquear al Libertador 800 fusiles, fuera de 200 que, poco más o menos, existían en las riberas del Magdalena. También le ofreció cartuchos a medida que se fuesen necesitando, hasta completar un millón. Además, por instancia de Revenga, se comprometió Castillo a tener una entrevista con Bolívar, en el pueblo de Zambrano; pero Castillo nunca concurrió.

En camino para aquel punto, recibió Bolívar un oficio del Gobernador Amador, en que le decía que había resuelto suspender la entrevista, hasta el arribo del comisionado Marimón, que iba con plenas facultades. Bien pronto quedaron desvanecidas las esperanzas de que el Canónigo Marimón apagara la tea de la discordia, pues aceleró su viaje a Cartagena y contribuyó eficazmente a que no hubiera tal entrevista.

Perdida para Bolívar la esperanza de una reconciliación con el Brigadier Castillo, resolvió que sus tropas bajaran a ocupar la línea del Magdalena, que estaba abandonada desde Barranca hasta Sabanilla. La pérdida de tiempo, la baja de cerca de 800 hombres, entre desertores, pues reinaba en-

tonces la viruela en el bajo Magdalena y la disminución de los fondos de la caja militar en más de 40 días que permaneció en Mompós reducido a la inacción, eran los motivos que alegaba en sus comunicaciones oficiales, como razones poderosas para dar aquel paso tan mal apreciado por los gobernantes de Cartagena.

En su bajada de Zambrano, se avistó el Libertador con Torices, miembro del Gobierno de la Unión, que iba para Santafé; y éste persuadió a Bolívar que se acercase con sus tropas a la plaza como el único medio eficaz para que fueran obedecidas las órdenes del Gobierno general.

Además de las tropas de la Unión, que a órdenes de Bolívar habían bajado en balsas, siguieron con él todas las fuerzas que había en Mompós, quedando esta ciudad desguarnecida con sólo 70 hombres insuficientes para una defensa vigorosa. El batallón *Mompós*, que siguió con Bolívar, iba mandado por el coronel Juan José León Vigil, y contaba 700 plazas, cuando el Libertador llegó a Mompós.

En Barranca recibió Bolívar las primeras comunicaciones del comisionado Marimón, en que le decía haber examinado el estado de la opinión pública: que se tenía de él (el Libertador) una gran desconfianza, pues se creía que sólo aspiraba a conseguir armas y municiones para oprimir la Provincia de Cartagena y a toda la Nueva Granada, introduciendo un gobierno militar; y en fin, ponía en boca de los habitantes de Cartagena, como razones de desconfianza, cuantas injurias le había prodigado antes Castillo. Se le atribuía la pérdida de Venezuela, y aún se ponía en duda su valor y sus títulos militares.

Interpretada la conducta de Bolívar, como una verdadera hostilidad, el gobierno y los Jefes de Car-

tagena se prepararon a la guerra civil. Declaróse el Estado en peligro; suspendióse la acción de las leyes y depositóse en el Gobernador la suprema autoridad; creóse una junta de seguridad pública, con facultades ilimitadas, para poner en prisión o desterrar a todos los que se considerasen sospechosos de amistad con el general Bolívar; y entre otras de las medidas adoptadas, fue la de envenenar los pozos y aljibes, desde *Tenera* hasta la plaza, para que no se aprovecharan de ellos las tropas del Libertador. También se distribuyeron armas por los pueblos y campos, concitándolos a la guerra con proclamas incendiarias.

Bolívar avanzó hasta Turbaco para hacer renuncia de la autoridad, ante una junta convocada al efecto; pero habiendo ésta declarado que sólo al Gobierno de la Unión tocaba admitir la renuncia, se resolvió que continuara en el mando mientras se daba cuenta de lo ocurrido. Entonces aquel hombre paciente y constante se dirigió a los jefes de la plaza, proponiéndoles algunas medidas que le permitiesen salir con honra del embarazo en que se hallaba, y que evitasen una contienda fratricida; pero su parlamentario fue recibido a balazos y la guerra comenzó. (Baralt y Díaz).

Bolívar ocupó el cerro de la Popa el 27 de marzo de 1815, poniendo allí su cuartel general y estableció destacamentos en Cruz Grande, Alcibia, Cospique, Pasacaballos y otros puntos de importancia, para formar un cordón que privase a la ciudad de sus comunicaciones con el interior.

Mientras el general de la Unión ponía sitio a Cartagena, grandes ventajas obtenían los realistas de Santamarta. El Virrey Montalvo activó los preparativos para una expedición contra Barranquilla

y Soledad y confirió el mando al Teniente Coronel Valentín Capmani. Tan luego como este jefe llegó al Magdalena dividió su fuerza en tres pequeñas columnas, confiando la dirección de la segunda y tercera a los valientes oficiales Simeón Pardo, y Pacheco.

Aquella parte de la Provincia estaba desguarnecida, porque, acaso por sugerencias de emisarios de Cartagena, había salido expelido Fernando Carabáño, oficial destinado por Bolívar para defenderla.

Los moradores de Barranquilla no pudieron defenderse del vigoroso ataque de los realistas, a pesar de que hicieron tenaz resistencia.

Cayeron en poder de Capmani 18 bongos de guerra, armados con piezas del calibre de 18 a 24, y las armas y municiones que existían en Barranquilla. Vengáronse los enemigos, ejecutando multitud de muertes y asesinatos en aquel asalto. Tomaron en seguida a Sabanilla y Soledad, y quedaron dueños de todos los pueblos, desde Barranquilla hasta la desembocadura del Magdalena.

En circunstancias tan propicias para los realistas, el Capitán Ignacio La Rus, que mandaba un campo volante de bastante fuerza en las cercanías de Chiriguana, aprovechándose de la guerra civil, se apoderó de todos los pueblos que demoran en la ribera occidental del Magdalena, desde el Peñón hasta Morales; reunió barquetas; armó buques; e informado de que Mompós se hallaba desguarnecida, se presentó en esta ciudad, a las cinco de la mañana del 29 de abril de 1815; desembarcó en la parte de arriba llamada *La Ceiba* y atacó con cerca de 600 nombres.

Sorprendida la pequeña fuerza, compuesta de 60 a 70 hombres, entre viejos valetudinarios y mu-

chachos imberbes, hizo poca resistencia y huyeron todos los que se hallaban comprometidos.

Restrepo dice: que La Rus se portó bastante bien y que no cometió los excesos acostumbrados por los españoles en un pueblo que había sido tan patriota; pero si ciertamente La Rus, por su parte, no fue cruel, sus tropas saquearon la ciudad y cometieron asesinatos a sangre fría hasta dos días después de tomada; y esto hace comprender que algunos ofrecimientos había hecho La Rus a sus disciplinadas hordas, que aunque las llamaban samarias, por sinécdoque, eran, en su mayor parte de Chiriguaná, Guamal, el Banco y otros pueblos de la Provincia de Santamarta con unos pocos españoles que servían de base.

El doctor Luis José Serrano, cura de esta ciudad, sacó en procesión la Majestad para ver si obligando a reverenciar el Santísimo Sacramento, cesaban los desórdenes; pero fue a esfuerzos del Capitán realista, Eustaquio Valle y otros oficiales, como se consiguió acuartelar una tropa que cometía excesos inauditos.

Así se mantuvieron las operaciones de un sitio estéril durante el cual varias familias momposinas sufrieron el rigor de la comisión de seguridad pública, porque se les consideraba íntimos amigos de Bolívar, cuando llegó un buque de Curazao, que puso en noticia de todos los partidos la llegada del pacificador Morillo a Margarita. A esta triste nueva se unió la de las ventajas obtenidas por los realistas en Barranquilla y Soledad y sobre todo, la más aciaga para Bolívar, la ocupación de Mompós, ciudad francamente patriota y en la cual fundaba el Libertador sus más lisonjeras esperanzas, pues en circunstancias difíciles les dieron los momposinos pruebas de su ad-

hesión y de ninguna manera esquivaron sus recursos a un caudillo a quien, desde 1812, consideraron como su Libertador y el genio de la guerra que llevaría a cabo la Independencia y libertad del país.

Dicen Baralt y Díaz, y con razón: que nadie podía figurarse que Bolívar intentara apoderarse de una plaza bien fortificada cual era Cartagena, con poco más de 1.000 hombres mal armados y sin artillería, que las autoridades de Mompós no podrían proporcionarle ni Bolívar podía esperar de ninguna otra parte.

En efecto no era esa su intención; pero debiendo tomar algún partido, se decidió por sitiar a Cartagena, con el propósito de que, embargando la entrada de vituallas, los habitantes de la plaza accederían a sus peticiones y le darían todo lo necesario para tomar a Santamarta.

El riesgo inminente en que se hallaba la Patria con la aproximación de la expedición mandada por Morillo, obligó a los gobernantes de Cartagena a tener entrevistas con Bolívar; pero todo vino a parar en que le opusieran nuevos obstáculos a sus planes contra los realistas y le obligaran a dejar el mando. En efecto, así lo hizo; porque prefirió el triunfo de sus enemigos personales al de los enemigos del país. Puso sus tropas a la disposición del gobierno del Estado y se embarcó, el 8 de mayo, con dirección a Jamaica. Se encargó del mando de las fuerzas sitiadoras el General Florencio Palacios; pero como entre este Jefe y los gobernantes de la plaza se suscitasen nuevas diferencias, Palacios desobedeció sus órdenes, y desde ese momento obró a su antojo. Casi todos los oficiales y las tropas venezolanas lo siguieron, quedando en Cartagena los memposinos y otros granadinos dispuestos a defender la plaza.

Entre las varias órdenes que se dieron a Palacios, se le indicó que ya que él quería seguir al interior a atacar a Mompós para desalojar a los realistas, poniéndose en combinación con las fuerzas republicanas, que, al mando del Coronel Santander se hallaban en Ocaña; pero aunque Santander estuviese muy dispuesto a obrar sobre Mompós, de acuerdo con las órdenes del gobierno general, carecía absolutamente de vehículos de navegación, Palacios tampoco podía disponer de las embarcaciones necesarias; sin embargo, se dirigió a Magangué, atravesó el Cauca y pretendiendo atacar a Mompós, tropezó con los insuperables obstáculos que en esta isla le opusieron los extensos pantanos formados por las avenidas del Cauca y el Magdalena.

Treinta y seis horas permanecieron las tropas con el fango hasta las rodillas, sin alimento y sin poder dar un paso hacia adelante; y por fin, resolvió Palacios repasar el río, con pérdidas de algunos hombres entre desertores, muertos y enfermos, y se acampó en Magangué.

A su turno, La Rus, que disponía de una flotilla, tomó la ofensiva y atacó a Magangué. Palacios se vio obligado a replegarse, pero en su retirada y al terminar el combate, La Rus recibió una herida en el muslo derecho que lo inutilizó y lo dejó cojo por el resto de sus días.

Pocos años después murió La Rus en Mompós, en la casa que fue Aduana, más tarde Administración de las rentas de tabaco y sirvió de Escuela de niñas del Distrito.

Arribó Morillo con su expedición a Santamartha, el 22 de julio de 1815. Esto no se supo en Cartagena, sino el 4 de agosto por la fragata inglesa *La Celosa*, que había tocado en Santamartha; y entonces fue cuando el gobierno de la plaza puso co-

rreos extraordinarios al de la Unión y al de Antioquia y tomó medidas para concentrar en la plaza las fuerzas dispersas. La vanguardia de los expedicionarios, fuerte de 3.000 hombres al mando del Brigadier Francisco Tomás Morales, en marcha sobre la plaza, atavesó el Magdalena por Sitionuevo, con dirección a Sabanalarga (agosto 16); por este movimiento, la columna republicana que al mando del coronel Luis Rieux acampaba en Santo Tomás, abandonó esta posición y se replegó hacia la plaza, y entró en ella el día 20. Palacios también levantó su campo de Magangué y entró a Cartagena el mismo día, a las once de la noche, con sólo 350 hombres, que conducían algunos ganados.

Luégo que Morillo dictó todas las disposiciones que creyó convenientes, se hizo a la vela para Cartagena; el 18 se presentó a la vista de la plaza y en los dos días siguientes desembarcó a Barlovento, en el puerto de Arroyohondo, sin ningún impedimento y quedó el bloqueo establecido por tierra. Primero estableció el jefe español su cuartel general en Palenquillo y después lo trasladó a la hacienda de Torrecilla.

En los mismos días en que el General se hizo a la vela desde Santamarta, el Brigadier Pedro Ruíz de Porras se dirigió a Mompós con una división de 1.000 hombres que debía estacionarse en esta ciudad para obrar en el alto Magdalena y contra las Sabanas de Corozal, debiendo ponerse en comunicación con el coronel don Sebastián de la Calzada que, según las órdenes de Morillo, organizaba la 5ª división para ocupar los valles de Cúcuta y Ocaña, partiendo desde Barinas.

Ruíz de Porras llegó a Mompós, a principios de septiembre, e inmediatamente destacó para las

Sabanas al capitán de húsares de Fernando VII, Vicente Sánchez Lima, con 150 infantes y 50 húsares. Del cuartel general de Torrecilla salieron simultáneamente los coroneles Arce y Machado y el capitán Julián Bayer, con el fin de ocupar a Tolú, el Zapote y toda la costa de Sotavento, de donde podía proveerse de víveres a Cartagena.

Bayer sorprendió en Chimá una columna republicana de 500 hombres que mandaban los jefes Martín Amador y Pantaleón Ribón, de Mompós, que iban custodiando el dinero que el gobierno de la Unión había remitido para socorrer a Cartagena. Esta columna fue atacada el 20 de septiembre por Bayer, quien, aunque regía fuerzas menores, consiguió dispersar a los independientes, causándoles grandes pérdidas. Los jefes principales y algunos otros pudieron escaparse con los intereses, por el río Sinú arriba, dirigiéndose a penetrar en el Chocó; pero tres días después fueron aprehendidos en Montería por la columna de Sánchez Lima, que, dispersó, mató e hizo prisioneros a los fugitivos.

Perecieron allí el teniente coronel Otero, los capitanes Lugo y Madrid y algunos otros oficiales de menor consideración, y quedaron prisioneros el coronel Ribón, el teniente coronel Martín Amador, 16 oficiales más y algunos individuos de tropa, todos los cuales fueron remitidos presos al cuartel general. Muy importante fue para los españoles la adquisición de 80.000 pesos oro y alhajas.

Mientras que Mompós gemía sojuzgado por las tropas de La Rus y Cartagena, veía de cerca la gran tormenta que iba a deshacerse sobre ella, los pueblos de Sotavento cansados (decían) de las discordias civiles, recibían, con muestras de regocijo y repiques de campana, a los españoles que, en breve tiempo, quedaron dueños de toda la provincia de Cartagena.

Otra de las ventajas que ofreció a Morillo la ocupación del fuerte del Zapote, fue la de haber hecho prisionero al ciudadano José María Portocarrero, comerciante de Bogotá, que conducía pliegos del gobierno de Cartagena para el de la Unión, cuyo contenido era importantísimo para los realistas, porque el general Castillo, en oficio de fecha 7 de septiembre, daba cuenta de la verdadera situación lamentable en que se hallaba para resistir el asedio de fuerzas tan superiores en número y en disciplina.

Siendo esta una reseña local, no había por qué decir nada del sitio de Cartagena; pero como con aquellos gloriosos hechos está relacionada la suerte política de Mompós, en aquella época, y muchos momposinos se hallaron y perecieron en la defensa de dicha plaza, (1) preciso es tocar, aunque por incidencia, aquel gran acontecimiento que ocupa una de las páginas más notables de la historia militar de Colombia. En cuanto a detalles más o menos precisos, puede consultarse la historia escrita por Restrepo.

Cuando Morillo consideró que los defensores de la plaza se habían disminuído mucho, determinó estrechar el bloqueo y dispuso varios ataques simultáneos, que aunque alguno le fuera adverso, como el de la Popa y Tierrabomba, al fin lograron los realistas cortar las comunicaciones con Bocachica y

(1) Roque Betancourt (Teniente), José María Flórez (Oficial), Gabriel, Celedonio, Juan Antonio, Manuel y Germán Gutiérrez de Piñeres (el 3.º y el 4.º Oficiales), Remigio Márquez (Capitán), Pedro Celestino Guillín y Gutiérrez (Oficial), Valest Nicolás (Teniente de fragata), cubano y avecinado en Mompós, Narciso Pérez (marino), Manuel Muñoz (marino), Carlos Jiménez y Ribón (soldado), José Ma. Loaiza.

privar a los republicanos de la pesca y de las raíces que sacaban de los terrenos inmediatos.

El 4 de diciembre, ascendió a 300 el número de individuos que murieron de hambre en las calles. Los hospitales estaban repletos de hombres cadavéricos, y ni por tamañas desgracias se abatía la constancia de los sitiados.

En vista de tan luctuoso y lamentable cuadro, el Teniente Gobernador, Juan Elías López, que, por enfermedad de Amador, había tomado las riendas del gobierno, previa la consulta que hizo a una junta de jefes militares y vecinos notables, determinó evacuar la plaza al día siguiente (5 de diciembre), con dirección a Jamaica o a los Cayos de San Luis. También había escogido algunos ciudadanos respetables de los menos comprometidos con el gobierno español, para que conservasen el orden y procurasen que tuvieran efecto las proposiciones que el General Morillo había hecho al gobierno de la plaza, a mediados de noviembre, en que ofrecía garantías a los que se sometieran a la dominación española.

Con antelación se habían dado instrucciones y órdenes terminantes al Capitán Aury, Comandante de la escuadrilla, para que se proveyera del agua suficiente e informara al gobierno del número exacto de personas que podían caber en cada buque; pero estas órdenes no se cumplieron, por la ineptitud del Jefe o por el poco respeto que podía inspirar un gobierno caído. La evacuación de la plaza comenzó al anochecer del 5 de diciembre, en el más profundo silencio; pero los realistas, que habían observado los movimientos de los buques republicanos, establecieron baterías de los lados de la bahía, que, con sus fuegos cruzados y dos lanchas cañoneras, trataron de impedir la salida. La emigración, ani-

mada del más heroico valor, pues conducía sus mujeres y sus hijos, resolvióse a vencer o morir y continuó su rumbo, rechazando las fuerzas sutiles enemigas.

La falta de provisión del Jefe de la escuadrilla un recio temporal que se desató entre tres y cuatro de la mañana, extraviaron los buques del rumbo que llevaba y sólo tres quedaron reunidos a la goleta *Constitución*, en que iba el Estado Mayor General y algunos Magistrados de Cartagena.

El Teniente Coronel español, don Antonio Galluso, que estaba prisionero en la plaza y el de grado igual, don Pedro Guillín (momposino), al servicio de la República, partieron hacia el cuartel general de Torrecilla, enviado en la misma noche del 5 por el Mariscal de Campo don Domingo Esquiaqui, quien había tomado el mando, a participar a Morillo la evacuación de la plaza. El General en Jefe estaba en Cospique, y por su ausencia, Montalvo envió inmediatamente al Brigadier Cano con el Regimiento de León para ocupar la ciudad; y esto se verificó el 6 de diciembre, a los ciento ocho días de haber comenzado el asedio.

Los defensores de la ciudad, que, con muchos de sus vecinos la habían abandonado, huyendo del furor español, dispersos por la tempestad, sufrían a bordo males inmensos por el hacinamiento de los muchos individuos en buques pequeños, por el hambre y por la sed, e iban sujetos a peligros inminentes, ya por la inclemencia del tiempo, ya por la ignorancia, el capricho y la mala fe de los capitanes de los barcos, que eran extranjeros y casi todos corsarios, ya, en fin, porque fueron aprehendidos por un buque de la marina española.

La goleta *Estrella* y otros buques recalaron a las costas del Darién, en donde se encontraron con los hermanos Miguel y Fernando Carabaño, que iban

para Cartagena en el corsario *Federico*, con el deseo de contribuir a la defensa de la plaza; pero como estos supiesen la evacuación de la ciudad, se decidieron a penetrar en el Chocó, por el río Atrato, y reunidos a doscientos emigrados que se trasbordaron de diferentes buques a la lancha cañonera nombrada *Concepción*, emprendieron viaje; pero tuvieron la desgracia de que la cañonera se varó en las bocas del Atrato; así fue como muchos emigrados perecieron, y cincuenta fueron apresados por los españoles, pocos días después. El falucho en que iba el Teniente coronel Stuard había caído también en poder de los españoles, cerca de las islas del Rosario.

Otro buque americano, que conducía emigración, fue apresado en la confluencia del río Caimito, sobre las costas de Veraguas por el corsario español *La Flecha*. En este apresamiento cayeron García Toledo, los Granados y otros que se remitieron a Morillo.

No será fuera de propósito insertar el autógrafo de un oficial de la escuadra sitiadora, que revela bien el carácter e ideas dominantes entre los *pacificadores* y demuestre que, si la plaza hubiera podido resistir tres días más, Morillo habría tenido que suspender el asedio.

El autógrafo a que se alude, es la siguiente carta dirigida al señor don Miguel Bazante y Echeandía, vizcaíno, casado y establecido en Mompós:

«Cartagena, 18 de enero de 1816.

Señor don Miguel de Bazante y Echeandía.

Querido Miguel:

Sin descansar un momento, desde la entrada de

las tropas, he hecho tres salidas: La primera a Santamarta, la segunda, con la noticia para Panamá y el Perú, y la tercera también a Portobelo, para acompañar otro buque que debía traer caudales, al que no encontré, pero sí los sujetos de la adjunta lista, los cuales en procesión saltaron el domingo 14 en el muelle de la Aduana y siguieron al Cerro.

El Rodeo diario no cesa, y no creo existe ya un *Letrado* que aconseje. Los Carabaños cayeron por el lado de Atrato, y yo no pude traer más de los aprehendidos en uno de los buques salidos de ésta en la infame evacuación.

Los famosos Torres y Pimienta del Hacha, también están por acá. La ciudad va tomando otro aspecto, pues al principio horrorizaba, no han dejado de morir del hambre y sus resultas, de 6 a 7.000 personas.

Considérame a ración y sin sueldo; y Juan sin lo uno ni lo otro, en circunstancias de haber vendido la pobre María Luisa hasta la última sortija de sus prendas y las de su madre, cuál estará mi corazón. Tres días que hace estoy en cama, resuelto a que me maten antes de volver a salir, porque no sólo me falta la salud, sino hasta el espíritu. No hay dinero para nadie y así todos estamos iguales.

A Chomín, Jerónimo, Pardo y Puente, que tengan ésta por suya y al primero que Juan no ha recibido contestación a sus cartas.

A mi señora doña María Ana, a Conchita, Berrita y niñas, mil cosas, que ya conozco al niñito de Cayetana.

Te deseo salud y felicidad de la amiga reunión y se lo pide a Dios, tu afectísimo amigo de corazón,

JUAN JPH. DE ARRIOLA»,

«Doctor Dn. José María García de Toledo.

D. D. Miguel Díaz Granados.

D. D. Ramón Zúñiga.

D. Dominguito Granados.

D. Santiago de Lecuna. Hispañolito.

D. José Villegas. Id.

D. Antonio. Cárcamo (Momposino).

D. Manuel. Id. Id.

D. Pedro. Id. Id.

D. Esteban.

D. Sebastián.

D. Dámaso, D. Fernando, D. Lino, Pombos.

«Los apresadores en la Costa de Chagres a Veraguas, les quitaron cuanto tenían, hasta la mayor parte de sus equipajes. Mas Arriola, a pesar de tantos motivos para una justa venganza, los ha tratado, como vasallos de su monarca español gastando de su rancho, y hasta de la poca ropa de su uso, para hacerles conocer la diferencia y la honradez de un corazón sensible español, con la añadidura de Vizcaya».

MANUEL A. PRADOS.



ASEDIO DE CARTAGENA EN 1815



Esta narración, la más completa que sobre el sitio de 1815 conocemos, fue escrita por testigo presencial de los sucesos que entonces se verificaron. Figura en el tomo XIV de las Memorias del general O'Leary. No se sabe quién legó a la Historia esas hermosas páginas, abundantes en detalles, severamente compiladas y bellamente escritas.

El autor, según lo deja comprender, salió de Cartagena el 6 de diciembre, a las tres de la tarde, en la goleta *Republicana*, o en la *Constitución*, que era la comandanta, rumbo a Bocachica, donde se reconocerían y repararían los buques, y se embarcaría la gente con las provisiones que en el mencionado lugar había.

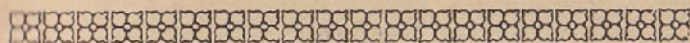
En la goleta de guerra *Constitución*, al mando del teniente de navio Luis Aury, se embarcaron los generales Bermúdez, Eslaba y Palacios, el coronel Mariano Montilla, el comandante Soublette, toda la plana mayor y muchos oficiales.

Probable es que la narración pertenezca a alguno de estos héroes; pero quienquiera que la haya escrito, merece bien de la patria, porque contiene pormenores de importancia que deben conocer los que se interesan por el glorioso martirio que sufrió Cartagena durante el aciago año de 1815.

Al mencionado escrito hemos añadido datos biográficos de los personajes que en él figuran, no tan completos como desearíamos haber podido ha-

cerlo; mas como de ello resultaria demasiado extensa la narración, al par que fatigaria el ánimo de quien la leyere, juzgamos prudente remitir al lector, que se interesa por tales asuntos a algún diccionario biográfico, entre otros el de los señores Scarpetta y Vergara, la obra más completa que sobre el particular se ha publicado, y el libro *Los Mártires de Cartagena*, por José P. Urueta, sumamente raro entre nosotros, y que por la importancia de él merece que se le reimprima.





I

En este período, fecundo en acontecimientos, estaban las Provincias de la Nueva Granada reducidas al más deplorable estado. Unidas por los lazos flojos de la Federación, que existía más en el nombre que en la realidad, y regidas por una Administración débil en extremo, la autoridad pública era allí mera sombra de Gobierno. La discordia civil había agotado las fuerzas físicas de país, y el amor a la independencia, que durante la lucha no había existido sino entre las clases ilustradas, y que gracias a sus laudables esfuerzos había comenzado a calar en la masa del pueblo, perdía ahora terreno día por día. La subyugación de Venezuela aumentó el peligro a tiempo que disminuían los recursos, y la llegada del general Morillo con 10.000 veteranos vino a colmar las dificultades de la situación.

Para resistir este cúmulo de males, la Nueva Granada apenas contaba con Ejército de cinco a seis mil hombres diseminados en su extensísimo territorio y estacionados de la manera siguiente: 1.000 en el Norte, en la Provincia de Pamplona, comandados por Urdaneta, observaban más bien que contenían a los realistas de Venezuela; 500 que formaban la guarnición de Santafé; en el Sur, una fuerza de 1.600 infantes defendía la importante Provincia de Popayán, y en Cartagena había un número igual. Además

de ser tan escasas estas tropas no podía el Gobierno utilizarlas porque carecía de dinero, armas, equipos y municiones.

Cuando el contagio de las innovaciones se apoderó de los que dirigían los negocios públicos en la Nueva Granada, el sistema rentístico fue el blanco de sus ataques y sufrió, por tanto, un cambio radical. Suprimieron los impuestos a que el pueblo se había habituado por siglos, sin sustituirlos con otros que satisficieran las necesidades más urgente del Estado. Como resultado natural hubo que recurrir a empréstitos forzosos, que mal aceptados y peor pagados, desacreditaron el nuevo sistema y exasperaron a los pueblos. En fin de cuentas, no podían ser más favorables para las circunstancias actuales de la Nueva Granada para hacerla fácil presa de un enemigo resuelto a invadirla; y ese enemigo ya tocaba sus puertas.

Los realistas de Venezuela, después de someterla, habían reunido en la frontera un Ejército de 5 000 hombres, que estaban preparándose para ocupar las Provincias del interior de la Nueva Granada, y dominaban ya los valles de Cúcuta y de la Capital de Casanare, cuando recibieron noticia de la llegada de Morillo a Santa Marta. Suspendieron sus operaciones para esperar nuevas órdenes y ejecutarlas luego con acierto.

En el Magdalena, la ocupación de Mompós, el punto militar más importante del río, y apresamiento de los buques que se hallaban en Barranquilla dieron a los realistas la posesión de esa vía fluvial, y estrecharon a los patriotas, interceptándoles la comunicación entre Cartagena y el interior. A pesar de la superioridad numérica de los independientes en esa Provincia, estaban sus habitantes tan dividi-

dos después de la separación de Bolívar del Ejército, que la anarquía neutralizaba todas sus fuerzas.

El general Florencio Palacios, (1) pariente y paisano de Bolívar, le había sucedido en el mando del Ejército de la Unión, pero no pudo lograr la reconciliación apetecida; por el contrario, nuevas disputas la hicieron imposible. Palacios rehusó someterse a Castillo, quien tuvo la insolencia de proponer como condición para suministrarle los artículos más necesarios de subsistencia, que acampase su División bajo los cañones del castillo de San Felipe.

(1) El general Florencio Palacios nació en Caracas en 1784. De valor a toda prueba, patriota, talentoso y de prestigio, fue de los que se revolucionaron el 19 de abril de 1810, en asocio de Bolívar y otros jefes de reconocida autoridad. Llegó a Cartagena en unión de Bolívar, y acto continuo emprendieron juntos la campaña del río Magdalena. Desde ese momento Palacios se llena de gloria. Cúcuta, donde se luchó bravamente, le recuerda; y luego la Victoria (12 y 13 de febrero de 1814), y San Mateo (28 y 17 y 25 de marzo), y Arado (16 de abril), y Carabobo (28 de mayo), y la Puerta (12 de junio), y Aragua (18 de agosto) y ciento más hasta enero de 1815, en que regresan a la costa, él y Bolívar, con el propósito de emprender la campaña del Magdalena que, no se efectúa, por motivos expuestos en la presente relación histórica. Cuando Bolívar, decepcionado, se embarcó el 8 de marzo por el caño de Basurto, en el bergantín inglés *La Descubierta*, quedó Palacios en Alcibía, al mando de las tropas que había traído. Enemigo de disensiones entre hombres que luchaban por una misma causa, entregó el mando al coronel Domingo Meza, se dirigió a Cartagena y se embarcó, rumbo a Haití, donde se encontraba Bolívar. Empuñó nuevamente las armas, con mayor ardimiento; sufre en ocasiones descalabros, y en otras la diosa Victoria le sonríe. De ello dan cuenta las acciones de Quebradahonda, Alacrán, Juncal, Calabozo, San Félix... hasta la segunda de Carabobo, en que hubo gloria para muchos e ingratitude para no pocos.

Renunció Palacios el mando, que recayó en el coronel Meza (1), oficial sumiso a las autoridades de la Provincia, y se nombró al coronel Mariano Montilla (2) Ayudante general de la División. La elec-

(1) El coronel Domingo Meza, venezolano, fue de los que llegaron con Bolívar a Bogotá, en donde entraron victoriosos el 12 de diciembre de 1814. De esta ciudad se dirigió al Magdalena al lado de Bolívar y del general Palacios, como queda dicho en los rasgos biográficos de este prestigioso jefe. Meza, que tampoco quiso sujetarse a Castillo, emigró a Venezuela, se unió a Páez y luchó en varios campos de batalla —Calabozo, Oriosa, Vargas, Boyacá, Carabobo, etc.— hasta ver flamear en su patria la bandera de la libertad.

(2) El general Mariano Montilla era natural de Caracas, en donde nació el 8 de septiembre de 1782. Hizo, como *guardia de corps* del Príncipe de la Paz, la campaña contra Portugal, en 1799. Herido en el sitio de Olivenza, regresó a la ciudad de su nacimiento, donde le encontró la revolución de 1809-1810, a la que prestó eficaz ayuda. Declarada audazmente la independencia de Venezuela el 5 de julio de 1811, Montilla se enrola en las fuerzas libertadoras, pelea en la Fajina contra los realistas, prende, en la Guaira, junto con Bolívar, al general Miranda “que quiso embarcarse, dejándolos bajo el yugo de Monteverde, después del tratado de la Victoria o San Mateo”; vence en Niquitao, Horecones y Taguanes; se llena de gloria en la Victoria donde, después de abrirse paso al través del enemigo, se incorpora al coronel Campo Elías, enviado por Bolívar en auxilio del general Rivas. Combatió en Charayabe, San Mateo, Carabobo (1ª batalla), Arado, La Puerta, donde se declaró adversario de Bolívar. Defendió a Cartagena, en 1815, emigró a la aproximación de Morillo, el 6 de diciembre, embarcándose en la goleta *Constitución*. En Estados Unidos preparó una expedición contra el poder español en México, de la que salió mal librado. Regresó a los Cayos y se negó a formar en las filas expedicionarias, al mando de Bolívar. En 1819 se unió al general Urdaneta como coronel de Estado Mayor. En 1820 desembarcó en Riohacha, a la cabeza de la legión irlandesa, que reembarcó a poco tiempo por haberse insurreccionado. Desde Sabanilla se puso en relación con el coronel José María Córdoba, que se encontraba en Magangué, para empren-

ción de este individuo fue altamente ofensiva a la mayor parte de los oficiales venezolanos, y causa de tanto desagrado que produjo una sublevación. Palacios reasumió el mando, arrestó a Montilla y a Meza y marchó hacia el interior de la Provincia resuelto, si era posible, a volverse a Santafé. En vano hizole proposiciones el gobierno de Cartagena, y en vano también interpuso el Comisionado Marimón (1) su autoridad; sólo se logró que consintiese

der ataque contra Cartagena; pero no teniendo fuerzas suficientes para poner cerco a la ciudad, regresó a Venezuela, donde concurrió al primer Congreso reunido por Bolívar en febrero de 1821. Regresó a Cartagena, y después de una serie de victorias, desde la de Fonseca hasta la del Carmen, sitió nuevamente a Cartagena, que tomó, por capitulación, el 1º de octubre de 1821. Después de estas hazañas inmortales, cúpole la honra de presidir, como jefe en Santamarta, el entierro del Libertador. Murió en Caracas el 22 de septiembre de 1851.

(1) Juan Marimón y Enriquez, nació en Cartagena, (no en Mérida, de Venezuela, como dice Montalvo) en 1760. Fue educado en Bogotá, en el colegio del Rosario, donde se graduó de Doctor. En el Seminario conciliar de San Carlos, de Cartagena, estudió Teología y recibió las sagradas órdenes en 1786. Aceptó, en 1792, el Obispado de Mérida (Venezuela), hasta 1802, año en que regresó a Cartagena para ejercer el cargo de Canónigo Penitenciario. Abrazó con entusiasmo la causa de la libertad, de tal suerte que él fue uno «de los seis Diputados elegidos por Cartagena para que junto con el Cabildo y los dos Alcaldes ordinarios constituyeran la Junta Suprema de Gobierno que se instaló el 9 de agosto». Fue Diputado por la Provincia de Cartagena al Congreso general del Reino, que se instaló en la villa de Leiva, en 4 de octubre de 1812. Miembro del Congreso granadino, rebatió, junto con el doctor Frutos Joaquín Gutiérrez, las objeciones de la Autoridad de la Iglesia en el asunto de convocatoria del Sínodo o convenio eclesiástico que resolviese las dificultades suscitadas entre los dos poderes con motivo de la nueva forma de Gobierno. Comisionado por el Gobierno de la Unión, como se verá más adelante, para obtener de Castillo que entregara a Bolívar las armas y elementos

en atacar a Mompós, en su marcha hacia la capital. Intentólo, pero fueron tantos los obstáculos que halló, que hubo de desistir, después de haber sufrido pérdidas considerables, tanto por la naturaleza del país como por la carencia absoluta de medios para llevar a cabo la empresa. Obligado a retirarse de Mompós, tomó cuarteles en Magangué, donde permaneció hasta la invasión de la Provincia por el general Morillo. Entonces, olvidando sus agravios, él y los suyos contramarcharon a Cartagena, donde llegaron el 24 de agosto ya reducida su fuerza a esqueleto por las enfermedades, fatigas y deserciones.

Tál fue el resultado de las intrigas que arrojaron a Bolívar del país cuando eran sus servicios más necesarios. La Providencia se mostró severa en su fallo contra los autores de aquellas discusiones; pero ¿podían quejarse de su suerte los hombres que, cegados por furor insano, habían llevado a su desgraciada patria, al abismo de donde ahora no podían rescatarla? Castillo, causa principal de tantas desgracias, estaba destinado a presenciar las angustias de esa patria, y a ser arrojado con ignominia, del elevado puesto en que le habían colocado las circunstancias, a verse acusado de traición por sus compañeros de armas, por último, a morir en un patíbulo por rebelde al Rey (1).

de guerra para atacar a Santamarta y defenderse de Morillo, encalló en las negociaciones. Emigrado en 1815, incluido por Montalvo en la lista de los que merecieron la pena de muerte, regresó a la Heroica, cuando la tiranía hubo caído. Nombrado Dean de la Catedral de Cartagena, sirvió el cargo hasta que la muerte cegó la vida del patricio y virtuoso ciudadano, en la tarde del 24 de junio de 1834.

(1) Manuel del Castillo Rada, general, nació en Cartagena y se educó en Bogotá en el Colegio del Rosario. La revolución

La expedición española que zarpó de Cádiz en febrero de 1815, aportó a la costa oriental de Venezuela al comenzar abril. Nunca vio el pueblo de la América española tanto alarde de fuerza. Componíase la expedición de diez mil quinientos hombres, de los cuales ocho mil escogidos entre la mejor infantería española, abundantemente equipados y convoyados por escuadra numerosa.

Este Ejército, tan oportunamente auxiliado por el concurso de circunstancias favorables, al haber sido bien dirigido, habría conseguido la pacificación, no sólo de la Costa Firme, sino de todo el Continente, y asegurado su posesión por muchos años a la Corona de España. Pero anduvo Fernando con mala

del 26 de julio lo puso al lado de Acevedo Gómez, Padilla, Carbonel y otros patricios más. En Pamplona, adonde fue enviado para que luchase contra los realistas, derrotó al coronel Correa, en la Grita, que trataba de pasar con fuerzas poderosas a Nueva Granada. Estuvo con Baraya en Ventaquemada (2 de diciembre de 1812), y luego en el Magdalena, en reemplazo de Campomanes, abrió operaciones sobre Santamarta. Jefe de la plaza de Cartagena, se opone por rivalidad a que Bolívar tome el mando, según órdenes del Congreso de la Unión. Como se verá más adelante, un motin lo deponen, y queda la plaza al mando del general Bermúdez. Cuando la evacuación de la plaza, por miedo de ser asesinado en uno de los buques, como se le hizo comprender, se niega a embarcarse y se oculta en el convento de Santa Teresa, cuya priora era hermana de él. Una imprudencia, dice Urueta, lo descubrió a sus verdugos. Habitaba Morillo junto con don Lázaro María Herrera en su propia casa, situada en la calle de Manuel del Portillo (don Sancho), en la que funciona hoy el «Colegio Pío X», y allí, a presencia del mismo Morillo, llegó una mujer y solicitó una camisa para Castillo. Aprehendida la mujer se le obligó con graves amenazas a que revelase el lugar donde estaba Castillo, y descubierta éste por la mensajera, fue rodeado el monasterio con fuerza armada, y extraído de él se le condujo al edificio de la Inquisición.

suerte en la elección del Pacificador. Si hubieran bastado talentos militares no comunes, el valor más intrépido y la constancia varonil para la empresa confiada al General don Pablo Morillo, sin duda habrían quedado satisfechas las intenciones del Soberano.

Si se exceptúan las comunes cualidades de un aventurero (*condottiere*), Morillo no tenía los talentos indispensables de un Jefe que aspira a llenar fines políticos de un país que se hallaba en la situación peculiar del que iba a ser teatro de sus operaciones. Dotado de grande energía de carácter, y de una organización física capaz de soportar grandes trabajos y fatigas, parecía fundido por el molde de los Pizarros y los Corteses y habría alcanzado gran celebridad, aun al lado de los hombres de hierro, cuyo valor brutal destruyó imperios y conquistó un mundo; pero no eran éstas las dotes que requerían aquellas circunstancias. Cuando la fuerza y el terror pudieran efectuar, habíale consumado el sanguinario Boves en Venezuela. La grata y benéfica labor de reconciliar súbditos descontentos con su Soberano era lo quedaba por hacer, y para ello no era Morillo el hombre aparente.

A su llegada a las costas de Venezuela, informó Morales, sucesor de Boves, que en Margarita, último baluarte de los independientes, se habían refugiado después de la derrota de Urica varios caudillos, entre ellos Arismendi (1) y Bermúdez, y con-

(1) El General Juan Bautista Arismendi nació en Asunción, capital de la isla de Margarita, en 1770. Hijo de familia rica y distinguida, se unió a Miranda cuando éste pasó, en 1804, por Pampatar, y se pronunció contra España. Dice uno de sus biógrafos que en 1810 tomó el mando militar de la isla de Mariquita; mas por arreglos de Miranda, cayó ésta en poder de sus opresores, y preso por el gobernador Pascual Mar-

seguido reunir alguna gente de la isla con que pretendían hacerle frente. Al punto se dio a la vela para la isla rebelde, llevándose al mismo Morales y a los tres mil de tropa venezolana que formaban su Ejército.

Desalentados no ante las fuerzas de Morales, sino al contemplar la numerosa Escuadra española viéronse los valerosos insulares en la necesidad de someterse a Morillo, que interponiendo la clemencia de Fernando VII, les ofreció garantías de vida y hacienda. A pesar de esta amnistía, hubo algunos de los patriotas que, ya desconfiando en sus promesas, ya demasiado orgullosos para rendirse, burlaron la vigilancia de la Escuadra y lograron escaparse; Bermúdez (1) fue uno de ellos. Los que no se pre-

tinenz, lo envió a las bóvedas de la Guaira, de donde lo sacó su prisionero el obispo de Puertorrico. El gobernador no lo dejó desembarcar y le puso preso en Pampatar. En esta población se puso al frente de un nuevo movimiento revolucionario, batalló a Martínez y lo hizo fusilar. Después de este suceso tomó parte en muchas batallas, inclusive la brillante campaña de Rihacha y toma de la ciudad, en 1821, como la de Cartagena, el 1º de octubre, y Santanarta.

(1) El general José Francisco Bermúdez era natural de Areocorar, provincia de Cumaná, en Venezuela, donde nació el 23 de enero de 1782. Juró la Constitución y Acta de independencia en 1811. Fue uno de los que tomaron parte en la conjuración catalana, en San Antonio, el 6 de marzo de 1811. Peleó y venció en Piritú (junio de 1812), combatió con buen éxito en Irapa, Tucupido, Coroza, Lezama, Altagracia, y otras. Derrotado con Mariño en la Puerta, vence en Maturín al general Morales. Cuando la expedición del general Morillo llegó a la isla de Margarita, Bermúdez, que no quiso someterse al Pacificador, se embarcó en la *Golondrina*, y pasando por entre la escuadra española, insultó a los peninsulares, juró muerte a

sentaron a las nuevas autoridades fueron proscritos, pero los habitantes en general fueron tratados con benignidad y no sufrieron vejación alguna. Tan lisonjero principio a la empresa de Morillo tuvo su contrapeso en la pérdida del navío «San Pedro», de setenta y cuatro cañones, volando accidentalmente, mientras hacía aguada en Coche, pequeña isla situada entre Margarita y el continente. Perecieron en esta calamidad sobre novecientos hombres, y perdió además el Ejército expedicionario todo su vestuario, gran cantidad de municiones y medio millón de pesos.

De Margarita salió Morillo para el Continente. En sus primeras proclamas, al llegar a Caracas, procuró inspirar confianza a los habitantes; pero las medidas que de consuno adoptó, desmintieron sus promesas; ni revelaron tampoco sus hechos el espíritu de conservación de que alardeaba. Así descontentó hasta a los mismos que habían establecido el actual orden de cosas. Su tono altanero ofendió sobre todo a la gente de color, acostumbrada como estaba en los últimos años, a los halagos y lisonjas de quien los gobernaba, realistas o independientes, y a quien por lo mismo era muy duro someterse ahora a su brusco tratamiento. Los que habían sido pro-

grandes gritos, y cansado de provocarles, hizo rumbo a las Antillas y luego a Cartagena». Defensor de la colonia de la Popa, emigró a los Cayos, donde se declaró adversario de Bolívar. No obstante esto, continuó luchando por la libertad de América. En Barcelona, gracias a influencias de Mariño, se reconcilia con Bolívar, y recibe el mando de la 1.^a División, con la que entra triunfante en Angostura. Después se le encuentra en otros campos de batalla, donde se distingue por su inteligencia y valor a toda prueba. Fue asesinado en Cumaná el 15 de diciembre de 1831.

movidos por Boves a altos puestos, por su participación en sus atrocidades, o por su celo en favor del partido realista, se creían con merecimientos suficientes a las consideraciones del nuevo Jefe; así fue que al descengañarse, no pocos se apartaron de él disgustados. Las burlas y los insultantes apodosos que les prodigaban, entre otros el de *insurgentes*, que revivía odios mal apagados, y otras imprudencias de los jóvenes Oficiales expedicionarios, acabaron con la esperanza de los que sinceramente deseaban la vuelta del antiguo régimen.

Los medios que empleó Morillo para conseguir dinero, no eran los más adecuados para evitar los peligros que amenazaban seriamente la tranquilidad pública. Estableció una Junta de secuestros para el embargo de los bienes de todos los que directa o indirectamente hubiesen tomado parte en favor de la independencia, y ni siquiera exceptuó las propiedades de los que, «compelidos por la fuerza o las circunstancias, emigraron, más por terror que por desafectos, a la entrada de las tropas del Rey, a colonias amigas o países no sospechosos, aunque fuesen de los pertenecientes a la Corona de España». Más de las dos terceras partes de las familias venezolanas quedaron privadas de sus propiedades por consecuencias de este edicto, cuyo rigor ni la mayor necesidad podría justificar. La reconciliación era ya imposible y así lo previeron todos, porque tan extremas medidas hicieron desesperar hasta a los mismos partidarios del Rey que comprendieron que Morillo podría someter, pero no pacificar el país. Después de los arreglos que juzgó necesarios para la conservación de la paz en Venezuela, dirigió sus pensamientos a la Nueva Granada, pues ya tenían informes de las profundas disensiones que facilitaban la conquista del país. Habiendo organizado su

Ejército y dado instrucciones a todos los Jefes militares para que obrasen en combinación con el Ejército en la próxima campaña, se dio a la vela en Puertocabello el 12 julio, llevando consigo la mayor parte de sus fuerzas.

Llegó la expedición a Santamarta el 23 y 24 del mismo mes y no desperdició un solo momento en tomar las precauciones necesarias para asegurar el éxito de sus operaciones. Habiendo resuelto principiar con el sitio de Cartagena, destacó dos columnas a despejar las riberas del Magdalena, reforzar a Mompós y a ocupar a Ocaña y Antioquia; y al mismo tiempo dio órdenes al Coronel Morales de marchar por tierra con la vanguardia, pasar el Magdalena, reconocer el país y recoger todo el ganado que hallase y hacerlo conducir a Turbaco, en donde se proponía afectar su reunión con las demás Divisiones. Morales encontró en la marcha a Cartagena las poblaciones desiertas, y muchas de ellas reducidas a ceniza. Los pocos habitantes, que por desgracia cayeron en su poder, fueron como de costumbre, tratados con la mayor inhumanidad, y muchos de ellos pasados por las armas.

El 15 de agosto pasaron los realistas el Magdalena, arriba de Soledad. Morillo partió de Santamarta el 17, y desembarcó sin oposición el cuerpo principal el 22 y el 23, en Punta Canoa y Galera Zamba, a corta distancia de Cartagena, cuyo sitio estableció en forma el 1.º de septiembre.

No estaba la plaza, en verdad, en estado de resistir al Ejército relativamente fuerte que la amenazaba; porque no fue sino cuando se supo el arribo de la expedición a Santamarta cuando se tomaron, pero ya tarde, medidas activas para abastecerlas. La gente del interior parecía inclinarse a ayudar a los

invasores más bien que a correr el riesgo de perder la vida y sus propiedades con demostraciones infructuosas de celo en favor de una causa que sólo había producido la miseria y la guerra civil; y aunque los habitantes de la capital eran casi todos decididos partidarios por el nuevo sistema y habían hecho desinteresados sacrificios para sostenerlo, sus tardíos ofrecimientos fueron estériles. Además, había dentro de la ciudad personas que por nacimiento, inclinación e intereses favorecían a los realistas, a quienes prestaron luego activa cooperación; y en vista de la escasez de víveres, fue muy impolítico de parte del Gobierno, permitir que las mujeres y los hombres inútiles para el servicio permaneciesen dentro de su recinto. No transcurrieron dos meses sin que se sintiesen los efectos de esta imprevisión tanto en la guarnición como en los habitantes. El hambre produjo sus crueles efectos de enfermedades y muerte, y como consecuencia natural en tales casos, la responsabilidad recayó sobre la primera autoridad. Señalóse al general Castillo como autor principal de la miseria de millares de habitantes; y como el recuerdo de los pasados acontecimientos estaba aún vivo en la memoria de los que habían sufrido a causa de ellos, sus enemigos se unieron para arrobatarle el mando, que tantos sacrificios había costado al país. El 17 de octubre fue depuesto, y por el voto de la guarnición obtuvo el general Bermúdez la honra de sustituirle en el peligroso puesto.

Mientras que la ciudad continuaba padeciendo toda suerte de privaciones y expuesta a los peligros consiguientes a un sitio, la situación del General Morillo no era mas halagüeña. Las tropas europeas, no habituadas al rigor del clima, sufrían bajas considerables por las enfermedades, a pesar de las precauciones tomadas para evitarlas. La obsti-